

BERNARD RIMÉ

**LA COMPARTICIÓN SOCIAL  
DE LAS EMOCIONES**

**BIBLIOTECA DE PSICOLOGÍA  
DESCLÉE DE BROUWER**

# Índice

---

Prólogo a la edición española <i>por Darío Páez</i> . . . . .	17
Prefacio <i>por Serge Moscovici</i> . . . . .	25
Introducción . . . . .	31

## PARTE I

### Emoción y expresión: introducción

1. Las emociones. Una ojeada a la historia . . . . .	43
Darwin y la expresión de las emociones . . . . .	43
William James, los cambios psicológicos y la conciencia . . . . .	46
John Watson, el behaviorismo radical y la campaña anti-emociones . . . . .	48
Tiene la palabra la Fisiología: Cannon, respuestas de urgencia, y teoría central . . . . .	49
Después de Cannon, la exploración del cerebro visceral . . . . .	51
Variaciones de actividad y movilización de energía: la corriente de la activación. . . . .	52
Stanley Schachter y la teoría cognitivo-fisiológica. . . . .	54
La nueva corriente cognitiva: evaluación y emoción. . . . .	56
Desarrollos de la teoría de la evaluación . . . . .	58

Otros análisis cognitivos de la emoción . . . . .	60
El neodarwinismo en el estudio de las emociones: el enfoque biopsicológico. . . . .	64
Conclusiones. . . . .	68
2. ¿Qué es una emoción? . . . . .	71
Las curiosidades de la etimología . . . . .	71
Las pasiones en Aristóteles y las emociones en nosotros . . .	74
Para definir la emoción . . . . .	79
La duración de la emoción y la noción de episodio emocional	83
Las rupturas de continuidad en la interacción individuo- medio . . . . .	85
Los elementos de la persecución de un objetivo . . . . .	89
3. Para comprender las emociones . . . . .	95
Las emociones suscitadas por las variaciones del medio . . .	96
Los afectos en la acción: dirección, velocidad y optimización	99
Las emociones en la acción: obstáculo, fracaso, pérdida, renuncia . . . . .	103
Las emociones en acción: superación de obstáculos, aproximación y desenlace . . . . .	106
La memoria implícita y la guía silenciosa de los afectos. . . .	109
Conclusiones. . . . .	111
4. La compartición social de la emoción. . . . .	113
La necesidad de hablar y volver a hablar de una experiencia emocional . . . . .	113
Compartición social de la emoción: datos de confirmación .	117
¿Existen diferencias según sea el sexo? . . . . .	122
La compartición social de las emociones en los niños . . . . .	123
La compartición social de las emociones en la tercera edad.	127
Compartición social de las emociones, nivel de educación y pertenencia cultural . . . . .	131
La paradoja de la compartición social de la emoción . . . . .	137
Conclusiones. . . . .	138

**PARTE II****La expresión de las emociones: aspectos sociales**

5. Del lado del que escucha...	143
La fascinación del auditor . . . . .	143
Las emociones del auditor . . . . .	150
Las reacciones del auditor . . . . .	153
La dinámica de la compartición social . . . . .	158
Los límites de la escucha . . . . .	161
¿Quién prestará oídos? . . . . .	163
Un vínculo especial . . . . .	166
6. ¿A quién le hablamos de nuestras emociones? . . . . .	169
Los partenaires de la compartición social de la emoción . . . . .	169
Los destinatarios de la compartición social en los niños . . .	171
Evolución posterior . . . . .	174
La red de destinatarios en los adolescentes . . . . .	177
La red de destinatarios en los adultos. . . . .	178
Destinatarios de la compartición social de la emoción y cultura. . . . .	181
¿Diferentes destinatarios según el tipo de emoción en juego? . . . . .	183
Diferentes destinatarios según el contexto del episodio . . . .	
emocional . . . . .	185
7. La propagación social de la información emocional . . . . .	189
De la emoción a la leyenda . . . . .	189
La compartición social secundaria . . . . .	192
Confirmaciones y extensiones . . . . .	194
Sobre todo, ¡no lo repitas a nadie! . . . . .	197
La difusión de los episodios emocionales. . . . .	201
Las razones de la difusión . . . . .	203
Conclusiones. . . . .	207

**PARTE III****La expresión de las experiencias emocionales negativas**

8. Respuestas bienvenidas, respuestas no bienvenidas . . . . .	211
El malestar ante el sufrimiento ajeno . . . . .	212
Respuestas no bienvenidas e intervenciones simplistas . . . . .	215
Las diferentes formas de apoyo social . . . . .	217
Mensajes verbales reconfortantes . . . . .	219
Datos empíricos sobre las reacciones bienvenidas y las reacciones no bienvenidas . . . . .	221
Conclusiones: la preservación del lazo social . . . . .	227
9. Los episodios emocionales mantenidos en secreto . . . . .	231
¿Cómo estudiar los recuerdos emocionales que las personas no quieren compartir? . . . . .	231
¿Se trata de experiencias de intensidad extrema? . . . . .	233
El papel de la vergüenza y de la culpabilidad . . . . .	237
La función social fundamental de los secretos . . . . .	241
El coste de no compartir . . . . .	243
El desajuste experiencial . . . . .	248
10. ¿Emoción, expresión, liberación? Creencias populares a toda prueba . . . . .	251
Las creencias populares . . . . .	251
Las creencias populares: datos empíricos . . . . .	253
¿Expresión = liberación? La prueba empírica . . . . .	256
Correlatos de la compartición social natural . . . . .	258
Efectos de la compartición social inducida por la experi- mentación . . . . .	261
Efectos de los <i>débriefings</i> (interrogatorios) psicológicos . . . . .	265
Una creencia que se resiste a desaparecer . . . . .	268
Creencias y conocimientos científicos . . . . .	271
Los aspectos positivos de los <i>débriefings</i> . . . . .	273
Las ventajas de la expresión escrita . . . . .	274
Perspectivas . . . . .	276

**PARTE IV****Las lecciones de las experiencias emocionales extremas**

- |  |     |
|--|-----|
| 11. Los traumatismos emocionales: una ojeada a la historia . . .                 | 281 |
| Orígenes del concepto de traumatismo emocional . . . . .                         | 281 |
| Primera aproximación teórica: Pierre Janet (1889) . . . . .                      | 285 |
| La evolución de la concepción del trauma en Freud . . . . .                      | 289 |
| El efímero impulso de las guerras mundiales . . . . .                            | 293 |
| La aportación de la noción de estrés. . . . .                                    | 297 |
| Orígenes del síndrome de estrés postraumático . . . . .                          | 298 |
| 12. Para comprender los traumatismos emocionales . . . . .                       | 303 |
| El síndrome de estrés postraumático . . . . .                                    | 303 |
| El riesgo de estrés postraumático . . . . .                                      | 307 |
| Enfoque teórico del síndrome . . . . .   | 312 |
| Conclusiones. . . . .  | 318 |
| 13. El impacto de las experiencias traumáticas . . . . .                         | 321 |
| Teorías de la realidad y catástrofes teóricas . . . . .                          | 321 |
| Postulados fundamentales a prueba de situaciones traumáticas . . . . .           | 323 |
| Modelos de la realidad e irrealismo psicológico . . . . .                        | 329 |
| La protección de los postulados abstractos . . . . .                             | 331 |
| Equivalentes de los traumas en los animales . . . . .                            | 332 |
| Impacto de las situaciones imprevisibles e incontrolables en el animal . . . . . | 335 |
| El doble impacto de los acontecimientos extremos en el ser humano . . . . .      | 338 |

**PARTE V****Las experiencias emocionales, su impacto y su gestión**

- |  |     |
|--|-----|
| 14. Emoción y producción de sentido . . . . .                | 343 |
| Las lecciones de las experiencias emocionales extremas . . . | 343 |
| Las emociones en los límites del universo virtual . . . . .  | 345 |

La emoción como paradoja . . . . .	347
La producción de sentido tras la emoción . . . . .	349
Duda e incertidumbre . . . . .	351
El recuerdo cognitivo automático tras la emoción . . . . .	352
¿Qué significa producir sentido? . . . . .	357
La construcción autobiográfica como generadora de sentido	360
El lugar del conocimiento . . . . .	362
La diferencia entre las emociones y los traumas emocionales	364
Experiencias emocionales resueltas y experiencias emocio- nales no resueltas . . . . .	365
Conclusiones. . . . .	367
15. Emoción y expresión: más allá del simplismo . . . . .	369
Creencias populares contra datos empíricos . . . . .	369
El impacto emocional: más allá del simplismo . . . . .	370
Las condiciones de la reabsorción de las consecuencias de la emoción . . . . .	375
Contribuciones de la compartición social de la emoción a la reabsorción . . . . .	377
La dinámica socio-afectiva en la compartición social de la emoción. . . . .	379
La dinámica socio-afectiva en los rituales sociales . . . . .	382
Los rituales sociales ¿tienen efectos liberadores? . . . . .	383
Los rituales sociales: el modelo de Durkheim . . . . .	387
Los beneficios de la comunión emocional . . . . .	390
Conclusiones. . . . .	392
16. La matriz social de las experiencias emocionales . . . . .	393
Emociones y gestión de las emociones en los orígenes de la vida . . . . .	393
El apego en los animales . . . . .	395
El apego en el ser humano. . . . .	397
Emociones, cogniciones y vínculo social . . . . .	400
La información social en las situaciones críticas. . . . .	402

Aprender a evocar los acontecimientos del pasado . . . . .	403
El universo del relato . . . . .	407
Pensamiento social y representaciones sociales. . . . .	410
Orígenes sociales de las dos vías de gestión de las experien- cias emocionales. . . . .	414
Dos modalidades de compartición social de la emoción. . . .	417
Conclusiones generales . . . . .	421
Bibliografía . . . . .	427

## Prólogo a la edición española

---

Prologar la edición en castellano del libro de Bernard Rimé sobre el compartir social de las emociones es un honor y un placer. Como atestigua la elogiosa introducción de Serge Moscovici, que es probablemente uno de los más distinguidos psicólogos sociales contemporáneos, Bernard es un brillante estudioso de las emociones.

Desde que conocí a Bernard como alumno de un curso de motivación y emoción en la Universidad de Lovaina a mediados de los años 1970, hasta la actualidad en que trabajamos juntos buscando entender los procesos sociales de las emociones, sus ideas me han parecido siempre claras y originales. A pesar de provenir de culturas y experiencias diferentes, en mi caso la comunicación ha sido fluida y muy constructiva –probablemente el hecho de ser dos ateos progresistas en una universidad en la época militantemente católica nos ayudó, además de compartir amigos comunes como James Pennebaker, Guglielmo Bellelli (quien presentó este libro en su versión italiana) y en particular Jean Pierre Di Giacomo, brillante psicólogo social prematuramente desaparecido.

Este libro es en particular la culminación de cerca de 40 años de reflexión científica sobre las emociones. Incluye una revisión de las

diferentes aproximaciones a las emociones, aunque examinadas de forma innovadora y orientada a crear un marco sociocultural de comprensión de las emociones.

Como bien señala Bernard, las emociones no ocurren únicamente dentro de cada persona, sino que tienen en sí mismas consecuencias comunicacionales y se diseminan por las relaciones sociales, con efectos afectivos, cognitivos y conductuales. Como se expone en este libro, la mayoría de las emociones no solo ocurren en un contexto social y son causadas por la interacción con otros, sino que en la gran mayoría de los casos se comparten con otras personas. Inclusive los secretos del estilo “no se los cuentes a nadie” mayoritariamente se comunican a otros. Un estudio ilustra la diseminación de la experiencia emocional en forma de red. En dicho estudio, de 33 estudiantes A que visitan a una morgue, hecho con un impacto emocional claro, el 97% hace compartir social primario y lo cuentan a un total de 205 personas B. De estos amigos B, el 84% hace compartir social secundario y lo cuentan a un total de 229 otros amigos C. De estos amigos C, el 59% hace compartir social terciario y lo cuentan a un total de 377 amigo o amigas D. En diez días, la vivencia de los 33 estudiantes en la morgue ha sido comunicada a una red total de 881 personas –que aprenden de alguna forma entonces los efectos emocionales de la exposición a cuerpos muertos diseccionados (Harber & Cohen, 2005). Esto ilustra perfectamente el papel de diseminación de información que el compartir social de emociones produce.

El compartir social de las emociones también tiene efectos sobre el bienestar personal y de otros. Toda una serie de estudios muestran que hablar sobre un hecho emocional positivo, si el entorno responde de forma constructiva y validando el hecho (por ejemplo, señalando: “qué buena noticia, te la mereces”), aumenta el bienestar más allá del impacto del hecho mismo. Si recibir elogios u obtener un éxito aumentan el bienestar, hablar sobre lo que ocurrió hace que se “capitalice” el hecho positivo y se “gane” un aumento añadido de felicidad –como describe el libro al hablar de la capitalización social

del bienestar. Estudios recientes también sugieren que la felicidad (o soledad) también se diseminan de los amigos o relaciones hacia uno mismo, influyendo en el bienestar personal. Estudios de redes, en el que se analizan los cambios emocionales de personas que tienen vínculos entre sí, también sugieren que así como se comparten hechos emocionales hasta tres círculos de conocidos (lo que se denomina compartir social terciario en el texto), igualmente se recibe la influencia afectiva de los mismos. Si un amigo B de A aumenta su felicidad un año dado, hay un 16% probabilidad de que A haga lo mismo ese año, si un amigo C de B aumenta su felicidad un año, esto también aumenta la probabilidad de la persona A un 8% de mejorar su felicidad ese año, y si la felicidad de un amigo D de C aumenta, este aumento de felicidad de un amigo de un amigo de un amigo, refuerza el 4% la probabilidad de aumentar la felicidad de A (Fowler et al, 2008). Lo mismo ocurre con aumentos de la soledad: si la relación es cercana, lo que le ocurre emocionalmente a una persona “distante” tres relaciones de nosotros nos afecta. Aunque como siempre en la ciencia hay elementos discutibles, es probable que haya una influencia de “ida y vuelta” del compartir social primario, secundario y terciario, y que más allá de estos círculos la influencia se agote. Algo similar ocurre con la vivacidad de los recuerdos familiares: estos se mantienen memorables claramente hasta solo 3-4 generaciones (Pennebaker, Páez & Rimé, 2007).

Finalmente, quisiéramos destacar que la aproximación de Bernard a las emociones es resueltamente socio-cultural. Se insiste en la idea que primero los fenómenos ocurren de forma interpersonal antes de transformarse en intra-personales –siguiendo la formula que Vygotski retomó de Janet. Se destaca como la regulación afectiva se inicia en las relaciones de apego y como los cuidadores ayudan al niño tanto a resolver el problema concreto, a calmar el malestar afectivo, aunque también ayudan a explorar cognitivamente y a elaborar narrativamente la experiencia subjetiva. El afrontamiento y regulación del afecto se ancla intrínsecamente en el apoyo social y la comunicación o compartir social de las emociones.

La aproximación de Bernard a las emociones es socio-cultural también porque examina cómo procesos colectivos, y no sólo las relaciones interpersonales, actúan como “instrumentos externos” de regulación emocional. Bernard, como nuestros mentores Moscovici y Jodelet, comparte una aproximación Durkheimiana a la Psicología social –explicar fenómenos psicológicos por su interacción con procesos sociales. Obviamente, esto se hace a partir del desarrollo de la Psicología y Sociología actual, sin compartir ciertos énfasis idealistas y de negación del conflicto de la escuela durkheimiana clásica. Así como el compartir social de las emociones ayuda a resolver tareas socio-afectivas y cognitivas como se argumenta en el texto, algo similar ocurre con los rituales o conductas colectivas coordinadas con carga simbólica.

La idea básica, retomada de Durkheim, y confirmada por estudios contemporáneos, plantea que la reunión en actividades que tiene un foco común de atención (las fiestas o por ejemplo cena familiar de Navidad), que implican una interacción verbal y no-verbal intensa, con conductas coordinadas (cánticos, brindis, ceremonias, etc.) tienen efectos como los siguientes

- a) Van a reforzar las emociones de todo tipo –es decir, los rituales no tienen un efecto catártico o no disminuyen las emociones sino que las intensifican en general, aunque luego puedan modularlas.
- b) La activación emocional y conductas convergentes van a producir un aumento de la similitud, atracción e identificación entre los participantes.
- c) Esta convergencia conductual y emocional llevara a cambiar y mejorar las creencias sociales, así como a aumentar la integración social y la afectividad positiva.
- d) Esto finalmente llevará a un mejor funcionamiento social, tanto en el caso de los rituales como del compartir social.

Estas intuiciones elaboradas por Durkheim en su clásico “Formas Elementales de la vida religiosa” han sido claramente confirmadas por varios estudios en los que Bernard ha jugado un rol esencial. Un

estudio muy destacado se llevó cabo en el caso del Genocidio de 1994 en Rwanda, analizando los tribunales comunitarios llamados Gacaca, utilizados como rituales de justicia transicional, que confrontan delante de un tribunal popular a víctimas y victimarios, buscando que los últimos den el máximo de información y acepten una pena comunitaria (ayudar a las viudas en la construcción de una casa por ejemplo). Las condiciones en que se dieron no eran óptimas, los castigos eran relativamente menores para la gravedad de los hechos y las recompensas a las víctimas limitadas –además que ciertos crímenes de guerra no se analizaron. Pese a estas limitaciones, el estudio que Bernard llevó a cabo con Patrick Kanyangara, psicólogo social rwandés, ilustra el papel de estos procesos colectivos.

En primer lugar, participar en los tribunales, en comparación con personas que no lo hicieron, aumentó las emociones de tristeza, ansiedad y miedo en todos. Es decir, al igual que el compartir social, comunicar e interactuar durante estos juicios aumenta la afectividad. Además, al reconocer como válido el dolor de las víctimas y hacer manifiesto la conducta inmoral de los victimarios –que en algunos casos confesaron y pidieron perdón– se produce un cambio en las emociones de estos y de las víctimas. Estas últimas, reconocidas y validadas como ciudadanos, disminuyen su vergüenza, mejorando su estatus y rol social, y sienten más emociones antagonistas, como el enojo o ira y disgusto. Los victimarios aumentan su vergüenza y disminuyen el enojo, asumiendo su disminución de rol y estatus. En tercer lugar, estos rituales aumentan la integración social al generar una modificación de ciertos estereotipos y una visión más matizada y compleja de los otros y uno mismo, actuando a través de diferentes mecanismos: con un aumento del contacto social y unidos en una comunidad se disminuye la identidad étnica y se percibe a los otros como diferenciados y no como un todo homogéneo; los grupos diferentes existentes se ven como complementarios y se mejoran los estereotipos positivos del otro grupo. En cambio, estos efectos no se dieron en quienes no participaron en los tribunales populares. Finalmente, el aumento de emociones de tristeza, miedo y ansiedad se asoció a estos cambios positivos en

estereotipos, percepción de mayor diferencia en los otros y disminución de la identidad étnica. Esto confirma que el aumento de emociones, aún negativas, ayudan a mejorar las creencias e integración social –de la misma forma que una activación emocional es necesaria para que la terapia actúe en el caso de traumas y duelos, las emociones alimentando el cambio de creencias y las experiencias positivas modulando estas y atenuando las emociones negativas. Sin embargo, el efecto positivo sobre el clima emocional se dio solamente entre los victimarios, quienes vieron satisfechas sus expectativas de justicia y necesidades más que las víctimas –las que aumentaron sus síntomas de estrés post-traumático como coste de su participación en estos rituales para ellas más insatisfactorios, probablemente porque proporcionaron en términos comparativos un menor beneficio para ellas y por el efecto de reactivación emocional sin un proceso de acompañamiento o contención (Martín Beristain, Páez, Rimé & Kanyangara, 2011).

En este libro se pueden encontrar numerosos estudios y referencias que confirman estos hallazgos en otros rituales, movilizaciones sociales o ceremonias cotidianas que constituyen diferentes marcos y contextos donde se dan estas experiencias de compartir social. Estos efectos se constataron en el caso de las manifestaciones posteriores al dramático atentado del 11-M en Madrid, donde las personas que más participaron en manifestaciones y más hablaron sobre lo ocurrido, tuvieron creencias sociales más positivas, percibieron mayor apoyo social y manifestaron más afectividad positiva tres semanas después, y percibieron mejor clima emocional dos meses después, en comparación con personas que no hablaron o no participaron o lo hicieron menos (Rimé, Páez, Basabe & Martínez, 2010). Otros estudios han confirmado estos efectos en rituales positivos, mostrando que a mayor participación en las comidas familiares de navidad, se da mayor activación emocional y más similitud percibida durante estas, y se produce una mejora balanza de afectos y del clima familiar un mes después, en comparación con el clima y afectividad de inicio del mes de Diciembre. Finalmente, la afectividad y similitud percibida durante los rituales de Navidad se asocian y ambas median o explican

los efectos del ritual, confirmando el papel central en los rituales de la activación emocional, positiva en este caso (Páez et al, 2011).

Además de los estudios descritos en el libro, toda una serie de estudios recientes muestran que los procesos mínimos básicos de los rituales, como marchar, cantar o tocar coordinadamente aumenta la identificación y conducta pro-social en niños y adultos: niños o adultos que cantan coordinados son más cooperativos y se sienten más identificados que personas que cantan separados o no cantan (Kirschner & Tomasello, 2010). Este efecto ocurre aunque se canten canciones sin significado simbólico y aunque no haya un aumento de la afectividad, sugiriendo que la mera conducta colectiva coordinada típica de los rituales tiene efecto pro-sociales (Wiltermuth & Heat, 2009). Por supuesto, estos efectos se dan más intensamente en el caso de rituales con contenido simbólico, como marchas o ceremonias musicales exitosas, que siendo intrínsecamente satisfactorias para los participantes, producen comunión afectiva y un efecto de “flujo”, y refuerzan la integración social y las creencias sociales de las personas (Rimé & Jaminet, 2011).

Esperamos que las personas que lean este libro disfruten de este erudito paseo por las emociones y la vida social, de particular relevancia para los profesionales de la salud mental, en esta cuidada traducción al castellano realizada por Nati Torres. Agradecemos a Alberto Fernández Liria por haber recomendado el texto a DDB y a Manuel Guerrero de esta editorial por su amable respuesta ante la sugerencia de Bernard para que escribiera este prólogo. Y gracias a Bernard por haber escrito este libro que constituye una importante contribución al conocimiento colectivo sobre las emociones y el compartir social, elementos clave del desarrollo humano y social.

Darío Páez, Catedrático de Psicología Social, UPV/EHU

Agradezco los comentarios y sugerencias de C. Martín Beristain, G. Bellelli, F. Martínez, M. Bobowik y N. Basabe que han permitido mejorar este texto.

- Fowler, J. H et al. (2008) Dynamic spread of happiness in a large social network: longitudinal analysis over 20 years in the Framingham Heart Study. *British Medical Journal*, BMJ 337:a2338 on line
- Harber, K.D. y Cohen, D. (2005). The emotional broadcaster theory of social sharing. *Journal of Language and Social Psychology*, 24, 382-400.
- Kirschner, S. y Tomasello, M. (2010). Joint music making promotes pro-social behavior in 4 years old children. *Evolution and Human Behavior*, 31, 354-364.
- Martín Beristain, C., Páez, D., Rimé, B. & Kanyangara, P. (2011). Efectos Psicosociales de los rituales de justicia transicional. En D. Paez, C. Martín Beristain, J.L. Gonzalez, N. Basabe & J. de Rivera (Coord.). *Superando la Violencia Colectiva y Construyendo Cultura de Paz*. Madrid: Fundamentos.
- Páez, D., Bobowik, M., Bilbao M.A., Campos, C. y Basabe, N. (2011). Merry Christmas and Happy New Year! The impact of Christmas rituals on subjective well-being and family's emotional climate. *Revista de Psicología Social*, en prensa
- Pennebaker, J., Páez, D. y Rimé, B. (1997). *Collective Memory of Political Events*. Mahaw, NJ.: Lawrence Erlbaum [1998. Memorias Colectivas de procesos Colectivos y Culturales y Políticos. Bilbao: Servicio Editorial UPV/EHU.]
- Rimé, B., Páez, D., Basabe, N. y Martinez, F. (2010). Social sharing of emotion, post-traumatic growth, and emotional climate: Follow-up of Spanish citizen's response to the collective trauma of March 11th terrorist attacks in Madrid. *European Journal of Social Psychology*, 40, 1029-1045.
- Rimé, B. y Jaminet, M.L. (2011) Musical performance and folk celebration: Effects of positively valenced collective events. Manuscript University of Louvain.
- Wiltermuth, S.S. y Heat, Ch. (2009). Synchrony and Cooperation. *Psychological Science*, 20, 1-5.

## Prefacio

---

Podríamos discutir hasta el infinito lo que hay que entender, en el sentido corriente, por psicología. Cada cual piensa inmediatamente en ejemplos, en particular en ejemplos de comportamientos que describen de la manera más penetrante nuestras relaciones, nuestra manera de vivir en nuestro entorno, y que finalmente permiten la familiaridad y los intercambios en el seno de una comunidad cotidiana. Pero, ¿es eso todo? nos preguntamos. Tenemos más bien la impresión de haber quemado etapas, omitiendo los *themata* fundamentales de la inteligencia y de la emoción que, bajo el aspecto de oposiciones entre razón y pasión, objetividad y subjetividad, conocimiento y afecto, se disputan nuestra atención y ofrecen otra visión más completa de lo que cada cual entiende por psicología. Con sus herramientas perfeccionadas y sus materiales, los investigadores logran salir adelante bien, y lo que es más, son convincentes. Y sin embargo debemos reconocer que, siguiendo las oscilaciones de lo que llamamos “literatura”, es difícil no percibir una especie de ciclo, casi de moda, donde tan pronto se expresa la supremacía de la inteligencia como la de la emoción. Razón y pasión, conocimiento y afecto se alternan. A quien incumbe decidir si estamos hoy en el principio o en el fin de una fase en la cual la emoción predomina es al historiador de la ciencia.

Todo lo que sabemos aquí, toda la plana de especialistas, es que se habla con más frecuencia que en el pasado reciente de nuestra inteligencia emocional. Y en la psicología social, investigadores tan eminentes como Zajonc han declarado, con la certeza de un Hume, el predominio del afecto sobre el pensamiento, afirmando que la batalla con la razón está ganada de antemano por la pasión.

Bernard Rimé ha seguido sus investigaciones sobre la emoción desde hace decenas de años, podría casi decir que les ha consagrado su vida. Y es natural que se haya convertido en uno de los investigadores más reconocidos en este terreno. No hay ni que mencionarlo. Pero el hecho es que su libro se publica en un momento en que el interés sobre la vida emocional y los afectos es general. No quiero decir que sea único, ya que, desde Ribot hasta Maisonneuve, no carecemos de referencias. Pero si consideramos la variedad de investigaciones experimentales y el número de análisis de fenómenos esenciales, ninguna otra obra de referencia ofrece una lectura tan cautivadora.

Prologar un trabajo de esta amplitud y de esta calidad tiene algo de intimidatorio. Sólo la confianza amigable que me concede Rimé justifica quizás mi incursión en un dominio que no me es nada familiar, al menos es mi impresión. Vale la pena precisar que este libro es en primer lugar la exposición de una teoría general con implicaciones profundas y “subversivas” que el pensamiento socio-psicológico debe aún asimilar. En el pasado, los pensadores han considerado el cuerpo como el primer obstáculo para una vida ordenada, dirigida según la reflexión, regulada por mecanismos o guiada por la idea que el individuo se hace de su propio equilibrio. Las necesidades que se manifiestan en el organismo exigen ser satisfechas inmediatamente y son sordas a la voz de la razón. Poderosos deseos se enfrentan a las normas morales. Pensadores y legisladores, en su sabiduría, han intentado anticiparse a esta confrontación y han decidido normas que satisfacen en parte estas exigencias, pero frenando delicadamente los deseos. La batalla que causa estragos entre estos adversarios está en el corazón de la vida humana: apetito corporal contra sociedad refinada, naturaleza contra cultura. Podríamos percibir un “aire familiar” entre los deseos del cuerpo y los estados emocionales, como

mínimo si consideramos sus consecuencias. Con esta diferencia: que estos últimos derivan de una “rotura de simetría”, dicho brevemente, de una solución de continuidad en la interacción “individuo-medio”.

Al exponer al principio de su libro las teorías de la emoción, Rimé, de un modo conveniente, empieza por la famosa teoría de Darwin, según la cual toda emoción formaría parte del equipamiento adaptativo del individuo, estaría en continuidad con la de toda especie cercana, universal, es decir común a todas las culturas. Apenas hace falta añadir que el excelente libro de Darwin sobre la expresión de las emociones, cuya plétora de ideas y hechos llenan sus páginas, sigue ejerciendo fascinación e influencia sobre quienes se interesan en estos fenómenos. Las ideas expuestas en esta obra maestra tienen, innegablemente, un aire de simplicidad convincente y, en cierta medida, próximo a nuestras observaciones corrientes. Quizás sea una de las razones, ciertamente no la más importante, que han incitado a James a invertir la lógica del sentido común planteando que no es el estado mental lo primero en la emoción, desencadenando luego la expresión corporal, sino a la inversa. Así pues, según James, en estas emociones que implican una sensación corporal –las llama emociones “en bruto”–, la sensación corporal precede el sentimiento de emoción, y no al contrario. Esta toma de posición está en desacuerdo con la intuición. Supone en efecto que nos enfurecemos porque gritamos, y que tenemos miedo porque nos estremecemos. Yo mismo escribí que amamos porque somos celosos, y no que nos ponemos celosos porque amamos.<sup>1</sup> James, más que Darwin, se preocupa por la acción humana, y no por la evolución o el sistema nervioso o el córtex. En su artículo “¿Qué es una emoción?”, dice “la parte más importante de mi entorno” lo que suscita una emoción “es el hombre, mi semejante”, y en su manual de psicología, consagra todo un capítulo a esta idea. En el presente libro, Rimé pasa revista a todas las hipótesis teóricas importantes que se han sucedido desde las obras clásicas de estos dos grandes precursores. Lo que éstas describen o predicen corresponde a lo que pasa realmente ante nuestros ojos.

---

1. Moscovici, *L'âge des foules*, Paris, Fayard, 1981, p. 342.

Si me he permitido insistir sobre James, es porque saca a la luz el hecho de que la emoción humana no sólo tiene una función naturalmente evolutiva, sino que también apunta a un objetivo. Lo subrayo porque estamos muy tentados de creer que la teoría de la compartición social de las emociones se inscribe en esta perspectiva. Explica por qué los individuos se afanan en expresar y poner en palabras sus emociones. ¿Cómo es si no, que en vez de adoptar una posición de repliegue, aprovechan todas las ocasiones para introducir su propia experiencia en el campo social? Esta compartición les permite moverse más libremente, expresar un afecto que, aunque mezclado con todo tipo de experiencias diferentes, se ordena en una relación con el otro que satisface sus fines. Aquí se halla, por supuesto, el resultado de numerosos estudios admirables que el lector descubrirá con placer.

Pero también comprenderá, es de desear, que la conducta habitual consistente en separar en principio las emociones de los pensamientos o conocimientos y reunirlos a continuación no permite comprender lo que pasa en realidad. Cuando los expresamos, los comunicamos, emociones y pensamientos se encuentran en una continuidad interiorizada; son las facetas de una misma experiencia psíquica, el resultado de un mismo proceso. La teoría de Rimé nos muestra lo que el filósofo Stanley Cavell llama *knowing by feeling*, “conocer por lo sentido”, que escribe: “Conocer por lo sentido” no es “conocer tocando”; es decir, no es que proporcione la *base* de una pretensión de saber. Pero podríamos decir que el sentir tiene la función de una piedra de toque: la marca dejada en la piedra escapa a la vista de los otros, pero se deduce un conocimiento, o bien el resultado tiene forma de un conocimiento –es dirigido hacia un objeto, el objeto ha sido testado, el resultado es una convicción. Creo que esto sugiere la razón por la cual estamos deseosos de comunicar la experiencia de esos objetos. No es solamente que yo quiera decirles lo que ese objeto es para mí, lo que yo siento, para atraer su simpatía o para que me dejen tranquila o por cualquier otra razón por las que revelamos nuestra sensibilidad. Es más bien porque quiero decir algo que he visto u oído o algo de lo que me he dado cuenta o que he llegado a comprender: estas son las razones por las que se comunicará tales cosas (porque

nos informan sobre un mundo que compartimos o que podríamos compartir). Solo que me encuentro con que no puedo decíroslo: lo que hace que sea mucho más urgente decirlo. Quiero decíroslo porque el conocimiento no compartido es una carga –quizá no el mismo tipo de carga que supondría un secreto, se parece más a la carga que supondría no ser creído o no ser digno de la confianza de alguien”.<sup>2</sup>

He tratado, y temo haberme extendido demasiado, de expresar la originalidad de la teoría de Rimé. Y hasta qué punto esa originalidad nos invita a considerar de una manera diferente el modo de conocer, de expresar las emociones. En suma, la imagen de compartir evoca la del diálogo. Porque las emociones no compartidas son una carga, de la misma manera que un secreto puede ser una carga si permanece incomunicado o incomunicable.

Una vez conquistado por la teoría de la compartición social de las emociones, el lector sigue, capítulo tras capítulo, los afinados análisis de la experiencia emocional y de los traumatismos colectivos. No puedo cometer la impertinencia de decir que tal parte o tal capítulo son mejores que tales otros, por la simple razón de que todos son excelentes. Y los he leído convencido de que cada uno de ellos nos enseña alguna cosa que merece ser conocida. Por supuesto, hay análisis que impresionarán más a un lector debido a su interés o al grado de sorpresa que experimenta. En ese sentido, el análisis del ritual de duelo me ha sorprendido por su similitud con el análisis de Durkheim; no esperaba, en efecto, encontrarlo en esta obra, donde queda probada su extraordinaria pertinencia. ¡Es tan raro que un psicólogo social se aventure en el terreno de la antropología!

En suma, estamos ante un libro rico, de una calidad científica excepcional y cuya lectura es constantemente placentera. Es lo que necesitaba nuestra disciplina y también nuestra colección. Estaría de más enumerar a todos aquellos que –psicólogos, sociólogos, médicos, facultativos e incluso periodistas–, no dejarán de encontrarlo enriquecedor y útil. Les sorprenderá su claridad, su firmeza de espí-

---

2. S. Cavell, *Must we mean what we say?*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, p. 192.

ritu y también el entusiasmo de su autor. Por mi parte, cuanto más me adentraba en su lectura, más me convencía de que Rimé ha mantenido sus promesas y de que sus ideas pasarán con éxito la prueba del tiempo. Es lo único que tenía que decir en este prólogo.

Serge Moscovici

# Introducción

---

Esta obra trata de las experiencias emocionales y de su impacto cognitivo y social. Examina, por un lado, los episodios emocionales que intervienen en las experiencias de la vida cotidiana y, por otro, los episodios traumáticos que sobrevienen durante la exposición a acontecimientos “fuera de lo común”. Se pone un acento particular en la expresión verbal y en la compartición social de la experiencia emocional, porque los datos de la investigación muestran que existen ahí importantes consecuencias de esas experiencias.

Los orígenes de mi interés por estas cuestiones vienen de muy atrás. Su fuente es uno de los tristes episodios de la historia del siglo XX, el del éxodo espontáneo y masivo de la población de Bélgica y del norte de Francia cuando las tropas nazis invadieron esas regiones con la rapidez del rayo en mayo de 1940. Mis padres y sus allegados formaron parte de esa aventura. Como la de tantos otros, en muy pocas horas, su existencia burguesa, ordenada y despreocupada trastabilló, y se encontraron en el ojo del huracán, junto a multitudes que huían por carreteras en las que se cruzaban con columnas enemigas, donde eran bombardeados por los aviones, se hallaban desprovistos de alimento, de abrigo y de refugio, rechazados por los habitantes

que permanecieron en la zona, expuestos a la muerte y a la devastación y, finalmente, detenidos y separados. Mis padres y sus familiares tuvieron la suerte de salir de allí y volver a sus hogares un poco más adelante. Habiendo nacido yo al final de esa guerra, con los miembros de mi familia conocí una infancia ensombrecida por el relato de los momentos críticos de ese episodio que, para ellos, seguía siendo el peor de su existencia. Cada reunión familiar –y éstas eran semanales– comportaba indefectiblemente volver sobre esos recuerdos traumáticos. Y nosotros, los niños, asistíamos al recuerdo ritual, los escuchábamos fascinados y, en silencio, nos preguntábamos por qué razón esos recuerdos aparecían una y otra vez. ¿Por qué reaparecían esos episodios hasta ese punto? ¿Por qué querían ellos recordarlos y recordárselos mutuamente mientras que nosotros no veíamos en ellos más que momentos espantosos? ¿Por qué rememorarlos en común terminaba con frecuencia con risas, como si todo aquello tuviera una dimensión de chiste?

El día en que descubrí que se podía estudiar psicología en la universidad (en aquella época era un descubrimiento...) opté por esa vía como si se tratara del eje al que estaba destinada mi existencia. Abordé numerosas facetas de esos estudios con placer. Pero apenas encontré respuestas a las preguntas que habían surgido en mi infancia. Ni la emoción ni el trauma habían sido realmente abordados a lo largo de los cursos. Así pues, muy pronto comencé a documentarme. Constaté, con sorpresa, que la emoción había sido tratada de manera muy teórica sin demasiada relación con la vida y que el trauma apenas encontraba lugar en las bibliotecas de psicología. Tan sólo el eje freudiano trataba abundantemente esta noción, pero situándolo en las fantasías pulsionales de la primera infancia. Podía difícilmente encontrar allí las respuestas a mis preguntas, surgidas de la experiencia de mis padres de la guerra. Al terminar el segundo ciclo universitario, tenía ya la convicción de que la literatura psicológica no daba el lugar que le corresponde al estudio de la emoción y del trauma.

Acepté un contrato de investigación para realizar una tesis sobre los factores psicológicos y sociales en las afecciones cardíacas coronarias. Este tema me atrajo porque las nociones de estrés y emoción

estaban implícitas y porque apuntaba a los trastornos que interrumpen de manera abrupta el impulso vital de la persona afectada. Durante mucho tiempo, compartí estos trabajos con mi discípulo Michel Bonami. Tras algunos años, para darle un giro concreto a nuestro trabajo, hasta entonces esencialmente empírico, instauramos una consulta psicológica en el seno del servicio de revalidación cardiovascular de una gran clínica. Con el seguimiento psicológico de nuestros primeros pacientes coronarios, paciente tras paciente, nos encontrábamos confrontados con una insaciable demanda de escucha. Esta demanda concernía a la vez a las causas y circunstancias de la crisis cardíaca, hospitalización e intervenciones realizadas, y al impacto de la enfermedad coronaria en la vida profesional, familiar y personal. Sobre cada uno de estos temas, la verbalización de las emociones era superabundante. Yo buscaba en vano, entre mis recuerdos de los estudios realizados en la facultad, los cuadros teóricos sobre los que poder apoyarme para hacer frente de una manera profesional a esa demanda. En este contexto, resultó evidente para mí que, una vez acabada mi tesis, consagraría mi carrera científica al estudio de la emoción y de la expresión.

En la época de los años 1970, apareció una importante vertiente en la investigación fundamental sobre la expresión, con el retorno del interés por el estudio de la expresión facial de la emoción. Esta evolución se inscribía en el seno de un movimiento científico más amplio que apuntaba al lenguaje del cuerpo y al estudio de la comunicación no verbal en las relaciones interpersonales. Se abrió ampliamente y de manera original al estudio de la dinámica de la interacción entre dos personas. Me pareció un excelente terreno para ejercitar el abordaje de la cuestión de la participación del cuerpo en la expresión y en la compartición social de la experiencia personal, y trabajé en esa línea durante varios años. Después, en los años 1980, el proceso de la emoción se convirtió en el centro del interés de los investigadores. En particular y por primera vez, se manifestaba un interés científico real por la cuestión de la experiencia emocional. Era eso a lo yo que aspiraba y fue exactamente en ese época cuando Klaus Scherer me invitó a unirme a la red internacional de ámbito europeo que estaba consti-

tuyendo con vistas a un estudio comparativo sobre la experiencia emocional. Pude apreciar particularmente los métodos de estudio desarrollados en este grupo, y rápidamente me inspiraron puntos de partida para los trabajos que, por mi lado, yo deseaba emprender. Estos se situarían río abajo de la experiencia emocional para desembocar en ese dar vueltas sobre las experiencias emocionales, sobre su verbalización y sobre su compartición social. Enseguida consagré mi trabajo científico esencialmente a estas cuestiones.

Este libro está ampliamente basado en el desarrollo de ese trabajo. Y persigue un triple objetivo. En primer lugar, hemos querido dar una visión de lo que es la emoción. A partir de las concepciones de emoción que se han sucedido en la historia científica, descubriremos primero los denominadores comunes sobre los que se basan hoy los científicos en esta materia. Examinaremos a continuación de manera concreta las cuestiones de base planteadas por la emoción: ¿En qué condiciones se desencadenan las emociones? ¿Por qué se desencadenan en esas condiciones? ¿Qué funciones cumplen en el seno de la adaptación? Veremos especialmente que esas funciones, lejos de aparecer el gran día, son ampliamente ignoradas, múltiples y sutiles a la vez.

En segundo lugar, esta obra concede un lugar central a un fenómeno que ha permanecido generalmente ignorado por el estudio científico de la emoción y que numerosos trabajos iniciados en nuestro grupo de investigación han conducido a colocarlo en primer plano. Desde Darwin, la noción de expresión emocional ha ocupado un lugar importante en el estudio científico de la emoción. Sin embargo, a causa de sus orígenes en la teoría de la evolución, ha conservado la connotación que alude a las manifestaciones corporales, faciales, vocales o posturales de la emoción. En esta obra, vamos a subrayar que, en el ser humano, la expresión de la emoción tiene una dimensión específica, ausente en el mundo animal. En el ser humano, en efecto, la emoción suscita casi indefectiblemente la expresión verbal y la compartición social. La cuestión que se plantea entonces es saber qué es lo que motiva esta especificidad humana. Ahora bien, cuando preguntamos a las personas por qué quieren hablar a otros de sus experiencias emocionales, nos encontramos con una respues-

ta estereotipada incontenible. Veremos que los datos empíricos no les dan razón y que hay que ahondar más para verlo claro.

El tercer objetivo de la obra concierne a los traumatismos emocionales. La constatación de que las emociones de la vida corriente conservan un impacto nada despreciable sobre la adaptación ulterior de la persona, las aproxima a los traumatismos emocionales que, a posteriori, conservan una influencia importante en la vida mental y en la vida social de la víctima. Esperábamos que profundizar en las razones por las cuales las experiencias traumáticas ejercen esa influencia, nos iluminara sobre el impacto cognitivo y social de las experiencias emocionales de la vida corriente. Más allá de este objetivo preciso, era igualmente tentador examinar las relaciones que se establecen entre las experiencias emocionales de la vida corriente y las experiencias emocionales traumáticas. Paradójicamente, el mundo científico casi no considera este análisis. El estudio de los traumatismos emocionales constituye un universo de investigación especializada que permanece separado del universo del estudio fundamental de la emoción. Ni las revistas científicas ni los congresos de especialistas coinciden. Todo sucede como si esos fenómenos estuvieran separados por diferencias de naturaleza: por un lado, los acontecimientos emocionales de intensidad moderada que tendrían su lugar en la “vida ordinaria” y estarían desprovistos de cualquier tipo de impacto notable para el funcionamiento ulterior y, por otro lado, emociones de alta intensidad que intervendrían cuando los acontecimientos son “fuera de lo común” y tendrían consecuencias considerables para el funcionamiento ulterior. Salvo raras excepciones, la investigación fundamental sobre las emociones no muestra interés por las situaciones traumáticas. E inversamente, los trabajos sobre traumatismos emocionales casi no se refieren a los datos y a los conceptos surgidos de la investigación fundamental sobre las emociones. Esta situación es absurda. Ninguna razón teórica justifica la escisión entre ambos tipos de fenómenos. Al contrario, existen todas las razones para pensar que los dos campos de investigación se beneficiarían recíprocamente. Esperamos demostrar que existe un parentesco entre ambos tipos de manifestaciones, y contribuir así a establecer lazos entre ambos campos.

En esta obra en realidad, las diferentes metas que acabamos de enunciar se encuentran todas subordinadas a un objetivo de orden jerárquico superior: una aproximación psicológica a la emoción. En la actualidad, con frecuencia se cree que la elucidación de las emociones depende esencialmente de aproximaciones neurocientíficas. Y de hecho, gracias especialmente a los desarrollos tecnológicos de los que éstas se benefician, esas aproximaciones aportan al estudio de la emoción contribuciones importantes. Pero por muy fascinantes que esas contribuciones puedan ser, hay que recordar que cuando se trata de emociones humanas la aproximación de las neurociencias sólo descubre una parte de la cuestión. La otra parte aprecia el hecho de que, cuando el cerebro humano funciona, entabla relación, integra saber y sentido, genera saber, produce sentido, entabla diálogo, simpatía, funciona en red con los otros cerebros del medio social, y se encuentra así conectado al saber y al sentido que circulan en ese medio, ahora y desde la noche de los tiempos. Es en ese campo, en el sentido que Kurt Lewin dio a esta palabra, donde las emociones humanas emergen. Es en ese campo donde las emociones inician un proceso que pone en marcha las cogniciones y los procesos sociales. En el animal, las emociones están relacionadas con los problemas biológicos de la supervivencia; en el ser humano, tras apenas unas pocas semanas de vida, las emociones surgen del registro vital. Corresponden pues, cada vez más, a las esferas de lo cognitivo, lo simbólico y lo relacional, donde nuevas preguntas vitales se establecen. Esta particularidad que es propia de las emociones humanas escapa al enfoque de las neurociencias. Es labor de la psicología trabajar para dar cuenta de ello. Con el método científico y las herramientas conceptuales que le proporcionan la psicología social y la psicología cognitiva está perfectamente equipada para hacerlo. Esta obra se propone dar algunos pasos en esa dirección. Otros libros han planteado pasos similares, pero están escritos en lengua inglesa esencialmente. Por razones complejas, con algunas excepciones importantes (por ejemplo, Chiva, 1985; Cosnier, 1994; Dantzer, 1988; De Bonis, 1996), la cultura francesa ha permanecido bastante cerrada al estudio científico de las vertientes psicológicas de la emoción. Si las páginas que siguen contribuyen a abrir el horizonte en esa dirección, habrán conseguido su más importante objetivo.

Al término de este trabajo y en el umbral de esta obra, debo formular mis agradecimientos a las numerosas personas y a las instituciones que la han hecho posible.

En primer lugar, debo expresar mi gratitud particular a Serge Moscovici. Sin su insistencia perseverante, sin duda estas páginas no habrían visto la luz. ¿Cuándo se sabe lo suficiente para conceder a ese saber el aspecto definitivo que toma sobre el papel? Tuve la suerte de encontrar a Serge Moscovici al principio de mi carrera, cuando vino a dictar un ciclo de seminarios en Lovaina. Más tarde, a lo largo de múltiples reencuentros, me ha invitado a contribuir en las obras que él dirigía y en los trabajos con los colegas que él organizaba. Así es como he pasado realmente una parte de mi vida escribiendo, además de mis escritos científicos, textos de síntesis en respuesta a sus invitaciones. Lo cual ha constituido un poderoso y continuo estímulo para mi trabajo de investigación y para mi reflexión personal. Simplemente quisiera hacer constar a este propósito que, con ocasión del congreso *Emotion and Social Psychology*, Serge Moscovici y Robert Zajonc me habían invitado a la *Maison des sciences de l'Homme* en enero de 1987, y formulé mis primeras ideas teóricas, coseché los primeros datos sobre el tema central de la presente obra.

Pero, en realidad, las páginas que siguen a continuación son el resultado de una gran empresa colectiva. Numerosos estudiantes de segundo ciclo, bajo mi dirección o de una de mis jóvenes colegas, eligieron dirigir sus tesinas hacia este tema. Por otro lado, un número estimable de tesis de doctorado se han centrado en el estudio de la expresión y de la compartición social de la emoción, en Bélgica y en otros países. Cada uno de los autores de estos trabajos ha trabajado una faceta de esta cuestión; cada uno de ellos le ha dedicado su actividad intelectual, su creatividad, su entusiasmo, y numerosas horas de trabajo de laboratorio y de campo. Los nombres de algunos de ellos aparecerán a lo largo de los diversos capítulos de la obra. Desgraciadamente no podrán citarse a todos. No obstante, quiero dirigirlas estas palabras: el trabajo científico es una empresa colectiva, nadie puede hacerlo solo, y en innumerables ocasiones mi propio pensamiento se ha visto influido por el suyo a lo largo de nuestro

recorrido común. Así, en numerosas ocasiones, mis concepciones han evolucionado de manera considerable, incluso a veces radical, tras las observaciones o comentarios realizados por los jóvenes que han compartido conmigo este trabajo y este interés. Las páginas que siguen están impregnadas de las contribuciones de cada uno de ellos.

No es posible dirigir un trabajo de investigación si no se dispone de una base y de un marco social e intelectual propicio. Yo gozaba de esa base y de ese marco en la Universidad de Lovaina desde hacía tiempo. Me fue fácil desarrollar allí los trabajos que deseaba emprender, y siempre obtuve las ayudas y las facilidades necesarias a tal efecto. Mis cometidos docentes han estado siempre relacionados con mis intereses científicos y los he vivido continuamente como formidables ocasiones para reflexionar. En lo cotidiano, gozaba de apoyos logísticos de una calidad excepcional, tanto en el plano de los aspectos técnicos como en el de las relaciones humanas. En este sentido, mis agradecimientos se dirigen especialmente a Geneviève Duterme, a Richard Robert y a Bernard Paris. Junto a ellos, quiero dar las gracias a mis colegas directos de la unidad de “emoción, cognición y salud” con los que comparto el proyecto científico, didáctico y clínico que juntos perseguimos. En este numeroso equipo, algunos sólo han permanecido algunos meses o algunos años. La lista de aquellos a los que quiero agradecer sus aportaciones sería muy larga. Mis agradecimientos sobre todo a los “más antiguos”, Eric Baruffol, Nicole de Leval, Philippe Godin, Guy Lories, Pierre Philippot y Nady Van Broeck que han compartido largos años.

Desde hace muchos años, el Fonds National de la Recherche Scientifique (FNRS) ha financiado el fondo esencial de este proyecto. Esta institución ha financiado los numerosos y sucesivos programas que ha suscitado este proyecto. También ha financiado el trabajo de un buen número de jóvenes investigadores que han contribuido a estos programas mediante sus tesis doctorales. Se ha hecho cargo también de los viajes científicos que han permitido la participación de investigadores en los congresos científicos y otras actividades internacionales. Finalmente, en numerosas ocasiones, el FNRS ha concedido al autor el sostén financiero necesario para llevar a cabo en el extranjero

estancias sabáticas de larga duración o para redactar una obra. El trabajo que sigue a continuación debe ser considerado como una muestra de lo que una institución como el FNRS hace posible.

A lo largo de los últimos veinte años, he encontrado una calurosa camaradería científica, estimulación intelectual y sostén social continuos en el seno de la red europea entre equipos, que se constituyó con el nombre de CERE (Coordinación europea de investigación sobre las emociones). Con nuestra añorada Matty Chiva (París, Nanterre), con Heiner Ellgring (Wuerzburg) Nico Frijda (Amsterdam), Tony Mansstead (Amsterdam, luego Cambridge, luego Cardiff), Pio Ricci-Bitti (Bolonía) y Klaus Scherer (Ginebra), movidos por un objeto científico común y un mismo interés, el de promover en Europa un trabajo de calidad en torno a este objeto, hemos reunido nuestras ideas, los medios y a nuestros estudiantes. Las “Mesas redondas del CERE” en la *Maison des sciences de l’Homme*, en París se convirtieron rápidamente en el lugar donde las presentaciones de los jóvenes investigadores surgidos de estos equipos alcanzaron un nivel de excelencia. Debo agradecer también a La *Maison des sciences de l’Homme* el sostén continuo que procuró a esta empresa durante veinte años.

Han contribuido especialmente a la evolución de mi trabajo los contactos privilegiados con algunos de mis colegas. A lo largo de los trabajos que han conducido a esta obra, he tenido el privilegio de mantener un diálogo continuo con Nico Frijda sobre los temas de la emoción, la expresión y los traumatismos. Su incesante cuestionamiento intelectual, sus originales y a veces provocativas respuestas, su trabajo asiduo, su entusiasmo, su presencia en todos los frentes de la reflexión sobre la emoción, y mucho más, me han proporcionado un modelo que me esfuerzo en seguir en numerosos planos. Asimismo, han sido Keith Oatley y Robert Zajonc quienes principalmente han influido en mi manera de concebir este trabajo y cuya confianza lo ha hecho más ligero y más imperativo a la vez. Con ocasión de mis diversas estancias en la Universidad de Massachussets en Amherst, en el marco de mi amistad con el decano Seymour Berger, y en el del programa de intercambio entre la Universidad de Massachussets y Lovaina, encontré en el departamento de psicología de esa institución una

considerable concentración de colegas cuyos trabajos se hallaban en la vanguardia de las relaciones entre emociones, cogniciones y traumas, especialmente Seymour Epstein, Susan Fiske, Jim Averill, Ronnie Janoff-Bulman. Su acogida, las numerosas discusiones informales y las repetidas estancias en ese medio intelectual particularmente estimulante han marcado mi reflexión, y existen huellas evidentes e ello en esta obra. De la misma manera, mis primeras notas preparatorias de esta obra, fueron redactadas en 1995-1996, siendo huésped de la Southern Methodist University en Dallas, al lado de mi amigo Jamie Pennebaker. Por último, desde hace mucho ya, un colegio invisible se estableció entre las universidades de Bari, San Sebastian, Texas en Austin y de Lovaina en Louvain-la-Neuve, donde con Guglielmo Bellelli, Darío Páez y Jamie Pennebaker hemos trabajado juntos las cuestiones de la experiencia emocional y de la memoria en sus aspectos individuales y colectivos. Hoy día me es difícil disociar mi propio pensamiento del de estos colegas y amigos tan próximos.

Me queda todavía agradecer a Aurélie Potier su eficaz trabajo de puesta a punto de la lista bibliográfica de esta obra. Y a Yesémine Cheref-Khan su presencia y su paciencia a lo largo de tantas horas de redacción, su lectura atenta de la mayor parte del libro y sus observaciones y sugerencias siempre bienvenidas.